

Extracto de *La península de las casas vacías*

-¡Gonzalo! ¿Oyes? ¡Es preciosa!

-¡Sí!

-¡La hemos lanzado bien fuerte! ¡Qué bonita!

-¡Tanto que no ha caído aún! Para mí que el cielo se va a quedar con la lámpara. Total, para lo que hay que alumbrar...

¿Qué instrumentos son los que suenan?

-Son de cuerda. Habrá violines, y violas, y violonchelos...

-Es muy bella, sí.

-¡Me encanta! ¿Puedo correr por aquí?

-¡Sí! Estamos en la terraza central, está todo despejado.

-¡Qué bonita es!

-¡Va, corre antes de que acabe!

En Jándula, si lanzabas un objetopreciado al cielo, el narrador

lo hacía desaparecer y a cambio ponía una música en los oídos

del lanzador, una pieza clásica. El objeto debía rozar las nubes

más bajas y captar la atención del escritor. Aquella tarde casi primaveral

los dos hermanos lanzaron un candil. Los recompensé

con el *Andante festivo* de Sibelius. Josito soltó el palo de lazarillo

y corrió por la huerta para sentir el viento y creerse libre de

la oscuridad, mirando al cielo y sonriendo, riendo a carcajadas.

Gonzalo se sentó en el suelo y se echó a llorar aprovechando

que su hermano no lo escuchaba, ya que el volumen estaba muy alto.

Lo había invadido una profunda tristeza por la muerte de su primo, a quien

apenas había podido

llorar, y por el exilio de su padre. La guerra les había abierto una herida

que aquellos hermanos

no conseguirían cerrar nunca, que supuraría hasta que se apagara la memoria

de los hombres.

Les puse la pieza dos veces.